

coa y el Duranguésado a Castilla y algunas poblaciones fronterizas a Aragón. En septiembre de 1200 se verían de nuevo en Ariza (Zaragoza) para mediar en el conflicto de la reina Sancha con su hijo Pedro II (Charlo, 1984, p. 17; Jiménez de Rada, 1989, lib. 7^o, cáp. xxx; Fortún, 2000, pp. 471 y ss.). La corona catalano-aragonesa enfocaría definitivamente sus intereses hacia la península y el Mediterráneo al constatar el fracaso de su expansión más allá de los Pirineos. Igual sucedió con la de Castilla al frustrarse sus intentos de consolidar su influencia en el norte tras perder la Gascuña, territorio incluido en la dote de Leonor, la esposa de Alfonso VIII (Miret, 1906, 20, pp. 245-246; González, 1960, III, p. 861).

Según Ubieto (1981, pp. 278 y ss.) sería a partir de 1200 cuando resurgiría en la nobleza aragonesa el espíritu de frontera. Lo asimila al «*espíritu de reconquista*» de Alfonso I y Alfonso II de Aragón, pero quizás no fuera exactamente así. Ayala (2008), reflexionando sobre estos conceptos que tratan de definir las actuaciones acometidas por el papado y los monarcas hispanos, los engloba y hace confluir en una sola idea. Para los papas suponía «*la restauración del orden religioso destruido por el Islam [] liberación de Jerusalem [], restauración de los derechos de la Iglesia conculcados por los enemigos [] para convertir las nuevas zonas ocupadas en territorio vasallo de la Santa Sede*», mientras que el concepto desarrollado por los monarcas hispanos, sobre todo por los castellano-leoneses, se entendía como «*guerra multiseccular cuyo principal objetivo sería recuperar de manos musulmanas el suelo arrebatado a los hispano-visigodos*». La síntesis de ambos planteamientos es denominada por Alvira Cabrer (2016, p. 2) como «*hispanización de la cruzada*», siendo la iglesia la principal beneficiaria al estar «*presente el espíritu religioso [aunque] la motivación esencial era de carácter político-territorial*». El papa Inocencio III trató por todos los medios de impulsar ese espíritu de cruzada (Smith, 2016), aunque el requisito indispensable para ganar la guerra era conseguir la paz entre los reyes cristianos y a ello dirigió todos sus esfuerzos, desaconsejando un ataque general sin haber conseguido antes la reconciliación de los cinco monarcas (Mansilla, 1954, pp. 19 y ss.; Runciman, 1985, III, pp. 105 y ss.).